

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN SURAMERICA

GOLPE fallido en Chile, golpe triunfante en Uruguay, inseguridad y desorden en Argentina: todo el extremo sur del continente americano está en una crisis grave y se enfrenta prácticamente con dos opciones: o un fascismo con cualquier nombre —América los conoce en forma de tiranías o dictaduras antes de que Mussolini naciese—, o un socialismo avanzado y militante, como el que pretende Allende, o los tupamaros y sus afines en Uruguay, o las izquierdas del peronismo. Las otras opciones no tienen voz, o se radicalizan en torno a estos polos.

ALLENDE, se dice, se ha fortalecido en esta crisis. No es definitivo. El origen del golpe se atribuye a una pequeña, pero vigorosa organización fascista, Patria y Libertad, vanguardia activa de todos los movimientos de protesta y acción directa: ha sido disuelta, sus dirigentes están en la cárcel o escondidos. El número de militares implicados era escaso: parece que el coronel Soupper era el jefe de la revuelta. El golpe fracasó antes de darse: al no resultar el atentado contra el General Prats, disfrazado de incidente automovilístico, Prats, comandante supremo de las fuerzas armadas, ex ministro de Allende, mantiene en toda su integridad la doctrina de que el Ejército no puede ser en el interior del país más que el guardián de una constitución y, por lo tanto, ha de sostener por todos los medios el poder constituido. No es seguro que la muerte de Prats hubiese hecho cambiar al grueso del Ejército esta opinión, que parece muy sólidamente mantenida: Schneider, predecesor de Prats, fue asesinado por defenderla, y el Ejército no cambió por ello su actitud. Si alguno fue disidente y quiso organizar su golpe privado —como el General Viaux, que desde entonces está encarcelado; ha habido rumores de que había sido muerto ahora, pero no se han confirmado—, no ha encontrado eco suficiente. Más aún, el Ejército está implicado en el mantenimiento del gobierno Allende, en el cual ha participado con tres de sus más destacados hombres en carteras que se consideraron como técnicas, pero ya se sabe que en un gobierno no hay carteras técnicas. Tiene ahora un papel decisivo, al declararse el estado de emergencia, que coloca las 25 provincias del país bajo la autoridad militar. Esto implica una censura de prensa —se han cerrado varias emisoras de radio que no quisieron transmitir los bandos militares— y algunas actividades políticas han sido suspendidas. Y es curioso que las derechas, que se han

opuesto en el parlamento a la declaración del estado de emergencia, insistan —como lo hace la democracia cristiana— en que aceptan el poder de los militares siempre que éstos se constituyan en gobierno, aun bajo la presidencia de Allende. Su tesis es la de que los militares son, en efecto, guardianes del orden público, en casos extremos en que pueda estar en riesgo la organización constitucional del país, pero que deben atender a considerar cuál es su misión en el caso de que sea el gobierno constituido el que falta a sus obligaciones constitucionales. El eje de toda su campaña política desde que, hace tres años, Allende llegó al poder, es este: el gobierno no actúa constitucionalmente. Puede ocurrir que muchos militares, incluyendo al General Prats, puedan llegar a aceptar esa idea en un momento determinado. Por eso, la idea de que Allende ha salido reforzado de esta crisis es muy provisional. El y su gobierno han salido vencedores de la prueba de fuerza, pero quien ha salido verdaderamente reforzado es el General Prats, quien puede tener en estos momentos la consciencia de que en él reposa el orden, la constitución y el futuro inmediato del país. Esta idea, fortalecida, naturalmente, por aquellos a quienes conviene, podría inducirle en algún momento a tratar de forzar una especie de arbitraje entre las irreconciliables fuerzas de la izquierda y de derecha, sobre la base de una neutralidad militar que, siéndolo, resultaría desfavorable para quienes ahora ocupan el poder. El resultado de este golpe de estado fallido hace que por ahora no se vayan a reproducir las pequeñas aventuras. Pero no despeja el horizonte de la posibilidad de grandes aventuras.

EL golpe de Uruguay no podía fallar porque es un autogolpe. El grupo militar y político que estaba en el poder se ha reforzado a sí mismo. Entre las fuerzas armadas uruguayas, hay tres sectores principales: el constitucionalista, que se mantiene en la tradición de que Uruguay es un país democrático de estructuras generalmente conservadoras, en el que figura principalmente la marina; el «peruanista», que mantiene la línea nacionalista implantada en el Perú de incorporación de todas las fuerzas nacionales, incluidas las de la izquierda, y los sindicatos, en una especie de revolución reformista, y el brasileñista, que agrupa las fuerzas de extrema derecha, partidarias de la dictadura de mano firme y de la más amplia colaboración con los Estados Unidos y, naturalmente, con su poderoso vecino brasileño. Son éstos los que principalmente favorecieron la elección de Bordaberry, contra el «Frente amplio» y quienes le sostuvieron en febrero de 1971 sacando los tanques a la calle. El movimiento de febrero hizo pensar a la izquierda que podía tratarse de un movimiento peruanista, sobre todo, por la emisión de un programa de gobierno en el que se anunciaban reformas sociales. Que no se han producido. Al no producirse, los sindicatos comenzaron unos movimientos de protesta. Las reclamaciones iban hasta un aumento del 80 por 100 de los salarios, cifra que no resulta disparatada si se tiene en cuenta el bárbaro galope de la inflación. La respuesta ha sido el golpe, o el autogolpe: Bordaberry sigue siendo presidente, pero el congreso queda disuelto —el congreso estaba condenado por su renuencia a entregar el duplicatario para que fuese procesado el senador izquierdista Enrique Erro, acusado de ser el dirigente político de los tupamaros—, la censura establecida, los centros de enseñanza cerrados hasta octubre —es decir, adelantando en quince días las fechas de vacaciones oficiales— y el orden sostenido por patrullas militares. Para hacer frente a la reacción de los sindicatos, el gobierno ha concedido inmediatamente un aumento sustancioso de salarios —entre el 50 y el 75 por 100—, que si no alcanza todo lo reivindicado, es bastante para cortar alas a la huelga general. El poder teórico queda en manos de un gobierno reducido y depurado —Bordaberry se ha desprendido de los seis ministros que se oponían al golpe— y, sobre todo, en un llamado Consejo Nacional, o Consejo de Estado, que tendrá entre 12 y 20 miembros —no se conoce ni su número ni su formación en el momento en que se escriben estas líneas— y que está encargado de redactar una nueva constitución para el país, someterla a referéndum cuando esté terminada y proceder a la forma de elecciones que sea prevista en esta constitución: es decir, dar el vestido de legalidad que necesita el nuevo régimen. Que es, repitámoslo, el mismo régimen, pero con menos preocupación por las tradiciones democráticas del país o por fórmulas que le hacían difícil gobernar.

Las fuerzas de seguridad patrullan las calles de Montevideo después del «autogolpe» uruguayo.





Los aspectos de los recientes acontecimientos de Chile. Arriba, un soldado leal al gobierno toma posición frente al edificio gubernamental. En la foto inferior, la multitud se manifiesta a favor del gobierno legalmente establecido de Salvador Allende.

NO hay que pensar, de todas maneras, que sean solamente los problemas interiores los que han movido el golpe uruguayo. Es también una respuesta a los acontecimientos argentinos. El mapa deja pocas opciones al Uruguay. Sus dos únicos vecinos son gigantes: Brasil y Argentina. Cada uno de ellos tiene una fuerza política inmensa. Brasil representa la dictadura de la extrema derecha, lo que en términos clásicos se llama la contrarrevolución. Una cooperación estrecha con los Estados Unidos y una influencia, manifiesta o secreta, directa o indirecta, sobre casi todos los regímenes de Latinoamérica, o sobre sus oposiciones. Argentina, ¿qué representa? ¿Es la revolución? ¿Qué revolución?

SON las incógnitas de la hora actual. La extraña situación de un país con un presidente y un superpresidente, el triunfo de un movimiento donde una docena de opciones distintas se dicen llamadas hacia un mismo objetivo, la confusión entre mitos y realidades. No es necesario repetir una vez más lo sabido. Pero lo que no sabe nadie es qué dirección podrá tomar la Argentina, o en qué pedazos se puede romper. Todas las sospechas indican que el gobierno, que se inclina hacia su ala derecha, por vieja vocación peronista, puede llegar a pedir auxilio a los militares en algún momento y que éstos pueden llegar a dársele con algunas condiciones, y todas las sospechas —y algunos actos— inclinan también a suponer que las fuerzas izquierdistas que se consideran muy participes en el regreso de Perón y en el establecimiento de la revolución no están dispuestas a desaparecer.

POR eso no puede dejar de suponerse que el movimiento uruguayo se haya precipitado a establecer unas barreras de seguridad y a aliarse con el vecino brasileño (en la lejanía, con los Estados Unidos). Antes de que, desde la Argentina y con la incomodidad laboral del interior, reaparezca con la fuerza que tuvo el movimiento tupamaro. Tampoco es muy descabellado suponer que el conato de alzamiento de Chile, producido en las mismas fechas, tuviese una misma dirección.

CON cien caras y cien nombres, todo lo que está pasando en el sur del continente tiene un mismo carácter de revolución y contrarrevolución.

LA BOMBA DE LOS PEQUEÑOS

La quinta bomba termonuclear china estalló el 28 de junio, cuando se ultimaban los preparativos para un nuevo ensayo nuclear francés. Se ha producido un escándalo de protestas, desde los gobiernos incluidos en el área geográfica próxima o lejana de las explosiones de ensayo hasta las organizaciones pacifistas de todo el mundo. Escándalo mayor aún porque está reciente el acuerdo Nixon-Brejnev corroborando las limitaciones mutuas en el uso, ensayo y fabricación de las armas nucleares. (Gran Bretaña, el quinto país atómico, suspendió hace muchos años sus experimentos y, que se sepa, sus investigaciones.)

Esta situación puede dar lugar a un confucionismo peligroso, como es el de suponer que Estados Unidos y la URSS son los países «buenos» porque evitan el peligro atómico a la humanidad, y Francia y China los «malos» porque siguen adelante. El argumento de Francia y China es muy digno de escucharse. Los que suspenden los ensayos nucleares no lo hacen por la afición a la paz que dicen sus comunicados, sino por razones económicas, por una parte, y por la razón suprema de que su armamento de este tipo es tan abundante y tan perfecto que pueden destruir cualquier lugar del mundo, y aun el mundo entero, sin más esfuerzo que el de apretar el mítico botón. Más aún, Francia y China, como otros países del mundo, temen que el acuerdo entre la URSS y Estados Unidos sea una forma de reparto del mundo —forma de reparto del mundo que en realidad viene sucediendo desde hace más de un cuarto de siglo— y que entre los trozos repartidos pudieran figurar ellas mismas.

¿Pueden la bomba francesa y la bomba china conservar la independencia de esos países? La tesis militar del general De Gaulle era la de la famosa disuasión: la posesión de la bomba atómica y de los vectores necesarios para situarla debe ser suficiente para que un país, aún mil veces más poderoso, se abstenga del ataque. Ya se sabe que la bomba francesa no alcanzará nunca en número y en capacidad a la de Estados Unidos o la URSS; pero basta que sea como es para que Francia no sea atacada. Supone este pensamiento militar una percepción antigua de la posibilidad de acuerdo entre los dos «grandes», y una desconfianza considerable de

las alianzas, de la posibilidad de ser defendido por otros. En cambio, China pareció sostener una posición distinta en lo teórico, cuando Mao emitió su famosa máxima de «la bomba atómica es un tigre de papel»: creía que la superioridad humana numérica, las alianzas revolucionarias entre países desfavorecidos, eran suficientes para contrarrestar un ataque atómico. Luego reconvirtió su política.

Esta postura francesa y china revela una cierta ingenuidad. Los repartos del mundo, las zonas de influencia, se van a hacer cada vez menos por la fuerza de las armas. Francia puede repetir con la bomba atómica disuasoria el mismo error que cometió antes de la segunda guerra mundial con la famosa e inexpugnable línea Maginot: crear una defensa para un ataque que se produjo desde otros lugares, y que llegó a contar con una fuerte colaboración interior. Francia cayó entera con la línea Maginot intacta. Las influencias, los dominios, los imperios, se están estableciendo en nuestro tiempo sin necesidad de combatir, sin el empleo de las armas termonucleares y a veces sin el empleo de ningún arma. La misma forma en que la URSS primero, China después, han reconvertido sus políticas en lo que son hoy, tan distintas de lo que fueron en su origen, muestran hasta qué punto las vías de influencia y penetración son distintas hoy; la forma en que Estados Unidos ha perdido sucesivamente la guerra de Corea y la de Vietnam, estando en posesión de las más terribles armas, es otro ejemplo.

Aun si por una serie de circunstancias que hoy son imprevisibles Francia o China tuviesen que defenderse de un ataque utilizando su bomba nuclear contra otro país, su capacidad operacional sería probablemente nula. Los sistemas de alerta y defensa de la URSS o de Estados Unidos pueden ser inoperantes para defenderse entre sí, pero no frente a las bombas y los vectores rudimentarios de Francia y China, y cuando éstos progresen, habrán progresado también, y mil veces más, los sistemas de defensa. El bache es irreparable.

En cuanto a la posibilidad de que emplearan sus bombas contra otros países que no son atómicos, hay que descartarla también: no les sería permitido. ■ J. A.